

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

El gran Misterio de la Encarnación

*sublime portento
del amor del Padre a los hombres,
obrado en las entrañas purísimas
de la Virgen,
que, por el arrullo infinito
del Espíritu Santo,
rompió en Maternidad divina,
dándonos al mismo Hijo de Dios
hecho Hombre,
para que acogiéndonos al misterio
de su vida, muerte y resurrección,
perpetuado en el seno
de la santa Madre Iglesia,
seamos llevados al convite infinito
del que se es la Felicidad eterna
en Trinidad de Personas,
único fin para el que hemos sido creados*



Editorial Eco de la Iglesia

17-1-1960

EL GRAN MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Nilil Obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 29-6-2003

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:

«LA IGLESIA Y SU MISTERIO»,
«VIVENCIAS DEL ALMA» y
«FRUTOS DE ORACIÓN»

1ª Edición: Febrero 2000
© 2003 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45	Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org (*Santa Sede: Congregación para el Clero*)

ISBN: 84-86724-43-0

La humanidad de Cristo es la esposa del Verbo, la complacencia y recreo de las tres divinas Personas; creación nueva, en la cual y por la cual, el mismo Dios altísimo, haciéndose Hombre y perdonando la culpa que el hombre había cometido contra la infinita Santidad, puede manifestarnos los misterios recónditos de su adorable ser, en canción de amor.

¡Cristo mío!, qué matices casi infinitos has puesto en tu humanidad, haciéndote la maravilla que cantas, por tu voz humana, las infinitas perfecciones e incomparables arcanos del misterioso ser de Dios.

Alma de Cristo, en la que el mismo Dios, mirando a su Verbo, plasmó, como nueva creación, por encima de todo lo creado y a lo finito, todas las infinitas perfecciones y matices que, en su simplicísimo ser, Él se es... ¡Qué participación y transformación la tuya en cada una de las perfecciones infinitas que, en infinitud de matices, rompen, por infinitud de perfecciones, en una sola y simple perfección...!

¡Qué concierto de armonías es la humanidad de mi Cristo!, lira finísima donde el mismo Verbo de la Vida toca su armonía para manifestarse en palabra a los hombres.

¡Oh finura indecible de Cristo...! ¡Oh Canto-Amor de mi Esposo...! ¡Oh concierto armónico del alma del Verbo...!, yo quiero ponerme hoy, atraída por el olor de tus perfumes, a escuchar, en oración íntima y amorosa, tus vibraciones hondas ante tu contacto hipostático con el Verbo, y tu contacto amoroso con el Padre de fecundidad infinita y con el Espíritu Santo, en el cual Tú, oh Verbo Encarnado, te abrasabas y abrasas, en un delirio de amor, en las impetuosas llamas de su ser Persona-Amor en la Trinidad.

Cristo mío, anda, dame la Mirada con que Tú mirabas, y tu misma Palabra, y el fuego del Amor en que te abrasas, para decir yo algo, ¡oh mi Dios Encarnado!, de lo que, como *alma-Iglesia*, descubro en tu alma santísima.

¡Oh creación de la naturaleza humana de mi Cristo...! Toda la Trinidad, en su serse inmutable, está como en un delirio de amor infinito, presurosa y alegre, enjoyando y engalanando, hermoheando y enriqueciendo aquella criatura que, saliendo de sus manos, tenía que ser la lira finísima por la cual el mismo Verbo de la Vi-

da daría su *sonido* de divinidad a todos los ángeles y a todos los hombres.

Jamás ninguna criatura, hasta entonces, había vibrado y había resonado en una vibración casi infinita la infinitud excelsa del Increado.

¡Qué concierto de perfecciones...! Toda la creación contenida en Cristo; todas las perfecciones creadas, recopiladas en el Verbo Encarnado; y todas las infinitudes del ser del Dios increado, plasmadas participativamente en el alma del que tenía que ser el Verbo de la Vida...

¡Oh maravilla de luz indecible...! Es la Luz increada la que, embistiendo amorosamente por el Espíritu Santo en la humanidad de Cristo, la engalanó y la hizo tan hermosa, ¡tan hermosa!, que el mismo Verbo infinito, no pudiendo contenerse más, ante el impetuoso fuego del Espíritu Santo que le empujaba y del Padre Amor que le enviaba, se une hipostáticamente a aquella criatura que, cual arpa finísima, al unirse al Verbo de la Vida, repercutiendo en ella esta unión íntima y profunda entre Dios y su criatura, tan íntimamente se fundieron, que, en la pulsación infinitamente amorosa de ese encuentro divino, estremeciéndola en el Espíritu Santo, el Verbo del Padre la hizo dar su misma Voz de divinidad por todos los ámbitos del cielo y hasta los últimos confines de la tierra.

Y así se manifestó, por la naturaleza humana de Cristo, aquel Concierto eterno de finuras indecibles que, en silencio, el Verbo está cantando en un reventón de serse infinito y en un silencio inalterable de ser esencialmente simplicísimo y silencioso.

Cristo mío, ¡qué silencio en tu alma, y en qué silencio mi ser tiene que escucharte para captar tus divinas vibraciones...!

– ¡En silencio...! «Llevaré al alma a la soledad y allí hablaré a su corazón»¹. A la soledad de mi ser, de mi intimidad, de mi participación; a mi soledad, donde, a solas conmigo, al aperebrar el *sonido* de mi concierto, vibre con mi mismo vibrar, participando de mi eterna armonía.

¡Oh naturaleza humana de Jesús...! Tan íntima y estrechamente se ha unido a ti el Verbo de la Vida, y tú a Él, en una adaptación como infinita, que sus más imperceptibles vibraciones repercuten en ti; siendo tu vivir y no pudiendo ser otro que el del mismo Dios altísimo, ya que con Dios te has unido hipostáticamente en la persona del Verbo.

Y, perdiéndote en el serse del Ser, entraste por tu contemplación, en el mismo instante de tu unión hipostática, en el silencio armonioso del mismo serse de Dios. Y allí, abismándote

¹ Os 2, 16.

en su suavidad virgínea, engolfada y saturada en las corrientes eternas y en la fecundidad simplicísima de su vida, tú, gozando en una participación única, delirante de amor, en la vibración infinita del Verbo del Padre, te pierdes en las eternas corrientes del seno del Dios altísimo.

¡Qué éxtasis de amor, oh Cristo mío, el de tu alma en el instante mismo de ser creada, que participando casi infinitamente de Dios, en saturación perfecta y anegación total, ve que, por su transformación en el serse de Dios, participa como cosa propia por su desposorio eterno con el Verbo increado en cada uno de sus atributos y perfecciones...!

¡Qué matrimonio espiritual con el mismo Dios santísimo...! Matrimonio perfecto, en el cual los mutuos bienes se tornan y se retornan como regalo infinito de eternas bodas.

¡Qué gozo para el alma de Cristo que, viéndolo del gozoso contento de Dios, vibrando al unísono con las tres divinas Personas en la alegría infinita de su eterna felicidad, participa en una manera eminente de todos y cada uno de los atributos y perfecciones del infinito Ser...!

¡Oh alma de Cristo, que contemplabas cara a cara la infinitud infinita de la fecundidad del Ser divino...! ¡Qué gozo eterno el tuyo al verte

la esposa del Verbo, y, como tal, teniendo en plenitud y saturación, como cosa tuya propia, los tesoros inagotables de tu eterno Consorte...!

¡Con qué alegría, en el mismo instante de ser creada, oírías del Verbo aquellas palabras que, grabándose en ti, obraban lo que decían en un decirse eterno, como donación de Esposo en regalo de boda, palabras que te sabían a vida eterna: «Todos mis bienes son tuyos, y los tuyos, que Yo te he dado, son míos...»²!

¡Y cuál no sería tu contento al ver que este decir, por ser el decir del Verbo, era participación del mismo serse de Dios que, en su pronunciarse, se te daba, ya que el decir de Dios es obrar...!

Y en aquel mismo instante, arrebatada en el ímpetu amoroso de las corrientes eternas, te hundiste con las divinas pupilas, en la misma mirada de tu Persona, en la contemplación del ser divino, que, como regalo de tus desposorios, el Verbo infinito te daba en posesión: su mismo serse eterno, que, en infinitud de atributos y perfecciones, rompe en infinitudes de matices que son una sola perfección. Y abismada y gozosa, delirante de amor, corrías, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, por los más recónditos y arcanos misterios del glorioso ser divino.

² Cfr. Jn 17, 10.

¡Qué éxtasis de amor el tuyo!, que, como criatura, y a pesar de ser criatura, te paseabas saturándote como señora de tus posesiones, siendo reina de ángeles y de hombres... Y allí te veías que tú eras amor del mismo Amor, por justicia, participando de la misma Justicia que se te derramaba amorosamente.

Y creada para ser la esposa única del Verbo, al verte transformada en todos los atributos del Dios increado, saltabas de gozo en el Espíritu Santo con la participación del serse eterno; viéndote finura de su misma finura y gozando de la alteza del Dios intocable, saturándote en el silencio, en la alegría, en la bondad... Y en ese decirse del Verbo en ti, tú te sentías palabra fecunda, que cantabas y expresabas el decirse eterno del Verbo en tu ser.

Alma de Cristo, esposa de la segunda Persona de la adorable Trinidad, ¡desde el primer instante de tu ser contemplabas la vida divina! ¡No hay velos para el alma del Verbo Encarnado! ¡No hay velos para que Tú, Esposo mío, contemples las excelencias infinitas de tu misma Persona! ¡No hay velos para la humanidad de Cristo, por la cual y mediante su desposorio hipostático, se rasgaría el velo del Seno del Padre para que todos los hombres, pasada la prueba, pudiéramos entrar en ese seno adorable que tú, por tu unión

hipostática, nos abrirías! ¡No hay velos para la esposa del Verbo Encarnado, porque, en la Mirada infinita del fecundo Padre, desde el primer instante de su ser, intuía, se saturaba, se profundizaba y penetraba en los arcanos misteriosos del ser de Dios!

La mirada de Cristo, perdida en la Mirada del Padre, contemplaba en su mirar el Ser infinito de su serse glorioso. ¡Qué transportes de amor al saborear, en ese solo mirar eterno del Padre fecundo, las riquezas interminables e insospechadas de las excelencias del ser divino...! ¡Cómo, abismada en la contemplación excelsa de Dios, romperías en un ¡Santo! eterno, y cómo, en esa mirada, te perderías en un éxtasis ininterrumpido de amor y saturación suprema en el seno de la Trinidad...!

¿Cómo podrán mis labios humanos expresar tu éxtasis eterno ante la contemplación de Dios? ¿Cómo podré expresar con mis rudas palabras los arcanos misteriosos y las honduras insondables en las cuales tu limpia y penetrante mirada se hundía? ¿Cómo podré yo decir, en mi decir limitado y finito, oh humanidad de Cristo, tu decir, como fruto de tu contemplación, en tu misma Persona?

¡Dite Tú, oh Verbo de la Vida, en mi ser de virgen enamorada, para yo poder decir algo del gozo casi infinito que saturaba tu alma!

El mismo Padre, que no tiene ninguna complacencia fuera de su Verbo, te ha regalado en posesión eterna y en donación total, el día de tus bodas, su misma Mirada, con la cual tú, como cosa tuya, puedes contemplar sin velos su misma hermosura infinita.

También te ha dado su mismo serse eterno para que tú lo poseas; y en su mismo serse, has recibido como regalo el mismo ser de Dios por participación.

Y por si era poco, como regalo de bodas, te ha dado el Dios altísimo que los hombres sean, en ti y por ti, «dioses e hijos todos del Altísimo»³.

¡Día de la Encarnación...! Día de regalos, de fiestas, de bodas eternas entre el Creador y la criatura...

El Creador regala a su criatura tan infinitamente, que ésta, delirante de amor, rompiendo por su misma Persona en un Cántico infinito, canta el Cántico nuevo, el Cántico magno, en un jubiloso grito de participación; y, en este Canto, le dice al Padre todo lo glorioso, lo infinito, lo fecundo y lo Padre que se es.

Naturaleza humana de Cristo, perdida, abismada, regalada y enjoyada por toda la compla-

³ Sal 82, 6.

cencia del Dios altísimo que amorosamente se vuelca sobre ti, ¿qué pensarías al verte así enaltecida? ¡Qué júbilo-amor te traspasaría en las letificantes llamas del Espíritu Santo...! ¡Cómo, ante la impotencia de tu limitado ser, en participación del serse infinito, pondrías tu boca en la boca del Verbo, para reventar infinitamente en un Cántico de amor y de alabanza al Ser divino...! Sí, ¡cómo, abrazada y unida hipostáticamente al Verbo infinito, valiéndote de tu Persona, reventarías, cantando de amor, en una explosión gloriosa; desahogarías toda tu exigencia de cantar a Dios, y descansarías al ver que, en tu misma Persona, le cantabas infinitamente, le cantabas el Cántico nuevo, el Cántico magno que solamente Dios puede cantar...!

¡Cristo mío, cantas al Padre en tu Persona la Canción infinita de serse glorioso que Él sólo puede cantarse en su Verbo!

¡Qué abrazo el de la humanidad de Cristo con el Verbo de la Vida...! ¡Qué coloquios de amor en desposorio eterno, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo que la envolvían, la saturaban y unían al Verbo, su Esposo...!

¡Cómo delirante de alegría, adherida a todos los movimientos del Verbo, no tendrías más vivir que su vivir, y por exigencia de tu unión con Él, no podías hacer otra cosa que la que Él

hacía...! Y, como fruto de tu contemplación con el Padre y de tu canción con el Verbo, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, tú reventabas en el Verbo, cantándole al Padre, y el Verbo reventaba a través de ti cantándole a los hombres. Y no sólo Tú, Cristo mío, le cantas siendo Hombre a Dios como el mismo Dios, sino que cantas infinitamente, como Dios, a los hombres.

¡Cristo mío...! ¡Puente único por donde los hombres van a Dios y por donde Dios se da a los hombres...! [...]⁴

¡Ya tiene Dios, sí, ya tiene Dios un Hombre que, siendo Hombre, es Dios...!

¡Ya tiene Dios un Hombre que, siendo Dios, es Hombre...!

¡Ya tiene el cielo un Hombre que es el Verbo de la Vida...!

¡Ya tiene la tierra, en un Hombre, al Verbo del Padre...! [...]

¡Oh, el momento de la Encarnación...! ¡Veo al Hombre siendo Dios y a Dios siendo Hombre...! ¡Y no lo puedo explicar...!

¡Veo la diferencia total de las dos naturalezas...! ¡y la unión de las dos naturalezas en una

⁴ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

sola Persona...! [...]; a Dios siendo Dios, separado a una distancia infinita de la naturaleza humana de Cristo... Y que por su unión hipostática, íntima, Cristo es Dios... ¡Y no lo puedo explicar! [...]

Señor, anonadada y translimitada mi capacidad, ante tu infinitud y lo que me queda sin comprender, abrasada con el Espíritu Santo por haber penetrado con la mirada del Padre, y por mi participación con el Verbo, como expresión de esta misma mirada, en la gran realidad de mi Cristo, ¡te adoro!

El Verbo está cantando en el cielo su Canción infinita, que Él, como Verbo, canta eternamente. ¡Ya el Verbo Encarnado, reventón expresivo del ser de Dios, está cantando la Canción infinita a los hombres...!

¡Qué gozo, qué alegría y qué contento, el ver que Cristo canta la Canción infinita que sólo Dios puede cantarse, y se la canta a Dios y a los hombres...!

¡Oh misterio terrible de la Encarnación...! ¡Oh misterio de complacencia de Dios para con el hombre...! ¡Oh misterio de amor del Creador para la criatura...! ¡Oh, misterio de regalo infinito con que el mismo Dios altísimo regala al hombre por Cristo, desde María, su misma divinidad...!

Cristo mío, ¡qué terrible eres...! ¡Cómo te veo...! ¡Yo te adoro, porque eres el Increado por tu Persona divina, creado en tu naturaleza humana...! ¡Dios-Hombre...! ¡Hombre-Dios...! ¡Misterio de la Encarnación...! [...]

Jesús, filigrana del Amor infinito... ¡Oh, Verbo mío Encarnado!, dame tu Palabra para yo piroparte adecuadamente. ¡Tú eres mi Cristo y eres mi Verbo y eres mi Dios...! Dáteme Tú a mí, en tu ser Dios-Hombre, para yo poderte decir en tu Palabra y amarte en tu Persona.

El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo se están derramando complacidamente sobre la humanidad de Cristo en un beso infinito, que están depositando en ella por el mismo Espíritu Santo.

¡Qué terrible es el misterio de la unión de Dios con el hombre en el seno de María...!

¡Cómo aman las tres divinas Personas a la naturaleza humana de Cristo...! El Padre se está derramando impetuosamente sobre ella en la corriente divina de su Mirada eterna. El Verbo, Imagen perfecta del Padre, Expresión máxima de la divina Sabiduría, se ha incrustado en ella en una unión hipostática indecible, haciéndola esposa amada y única de su serse Palabra. Y el Espíritu Santo, saliendo presuroso y dichoso de

la complacencia del Padre amorosa y paternal que se vuelca sobre ella, y del Verbo desposado con ella, se lanza enamorado y cautivado por la hermosura de su rostro, besándola en el infinito Beso de unión trinitaria, y abrasándola en sus impetuosas llamas.

¡Oh humanidad de Cristo, que eres la humanidad del Verbo Encarnado...! ¡Cómo te veo metida en la vida de la Trinidad...! Eres el reflejo perfecto del mismo Dios altísimo, espejo inmaculado donde se miran y recrean las tres divinas Personas.

Cristo mío, te veo metido en la Familia Divina, porque, a pesar de verte a una distancia infinita de la Deidad en tu naturaleza humana, por tu Persona eres Dios.

Espíritu Santo, abrasa, abrasa el alma del Verbo de la Vida... Espíritu Santo, pero mira que es criatura, y si la abrasas en el impetuoso fuego con que la amas, la reducirías a la nada. ¡Pero no!, que su Esposo, el Verbo de la Vida, la sostiene para que Tú puedas descargar sobre ella el ímpetu infinito de tu amor.

Espíritu Santo, pero mira que es pequeña, y si te siente venir en tu corriente infinita y eterna para abalanzarte sobre ella, al contemplarte, temblará ante la majestad soberana de tu ser glorioso. ¡Pero no!, que es el mismo Padre amoroso con sus entrañas paternas el que le

da su Mirada para que te contemple, y la ampara bajo la sombra de sus alas; haciéndola fuerte con su misma fortaleza el que es «Rey de reyes y Señor de los que dominan»⁵.

Espíritu Santo, ¡pero si Tú eres Amor amoroso y en tus mismas rodillas la meces, acariciándola, festejándola y besándola, en el mismo beso de ternura infinita con que besas al Padre, al Hijo y te besas a Ti mismo en tu seno, en tu serte Amor fecundo y glorioso...!

Alma de Cristo, ¡cómo tú, al verte así mimada y querida, escogida y festejada en el regazo de la adorable Trinidad, saltarías de gozo, de amor, de agradecimiento, de anonadación, de contento, ante el Dios infinito que tan amorosamente se derramaba sobre ti...!

¡Cómo tú, que contemplabas con el Padre, y participabas y te engolfabas en las corrientes infinitas de su serse eterno, prorrumpirías en un grito de transformación cantando las excelencias incomprensibles e incognoscibles para nosotros, pero conocidas por ti en un gozo eterno...!

Y ¡cómo tú, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, correrías del seno del

⁵ Ap 19, 16.

Padre al seno del Verbo, besando con su misma Boca el pecho del Altísimo...!

Y, hecha una cosa con el Verbo, que es tu Persona, metida en el seno del Padre, allí dentro intuirías secretos sorprendentes e incomprensibles de su paternidad, que ni los mismos ángeles ni hombre alguno podrán nunca llegar a intuir, por su capacidad de distancia casi infinita a la tuya... Y allí, intuyendo con la Mirada del Padre, te hundirías en los arcanos silenciosos de su serse silencio; y, letificante de amor, correrías del seno del Padre al seno de tu misma Persona, cantando, por participación, en transformación gloriosa del ser divino.

¡Oh, Cristo mío!, ¿cuál sería tu anonadamiento ante la misión para la que Dios te escogía de ser el Pregonero del Amor eterno...?

Jesús, mi Verbo Encarnado, hoy te amo más porque te conozco más, y ante mi conocimiento y amor, lo que me queda por conocer, lo adoro.

Jesús, capacidad infinita en tu Persona divina y capacidad limitada en tu naturaleza humana, ¡cómo al verte participando, en tu naturaleza humana, de la vida de la Trinidad de esa manera tan eminente y tan regalada, tu capacidad finita de Hombre, amando, conociendo y expresando la misma vida de la Trinidad, rompería en un éxtasis ante el Dios increado, por

exigencia de su misma contemplación gloriosa, en adoración profunda de tu naturaleza humana, ante tu naturaleza divina...!

Tu naturaleza humana, pequeñina, caería anonadada bajo el peso terrible del conocimiento y amor de Dios, adorando como fruto de su contemplación amorosa y rompiendo en un: ¡Santo! eterno.

Por exigencia de ser tú criatura ante el Increado, y estando repleto en tu capacidad creada, saturado y apretado del Dios altísimo, excediendo infinitamente el Dios increado a tu ser creado, rompías en una adoración eterna de anonadación amorosa; y adorabas todo aquello que, por serse Dios el Ser infinito, te quedaba sin abarcar.

La adoración es el éxtasis del amor. Cuando el amor ha llenado su límite y ya no puede más, adora. Al ser Dios infinito y exceder la capacidad del amante, éste, desfallecido de amor, anonadado y desplomado por la llenura de su ser ante el Infinito, cae adorante y adora lo que le queda, trascendiendo.

Y el alma de Cristo, de mi Esposo, de mi Jesús, metida y engolfada, alegre y contenta, perdida y abismada, letificante de amor ante el Dios increado, contempla, expresa y ama según su capacidad casi infinita, y adora lo que le queda por conocer, expresar y amar.

Así que la vida de Cristo sobre la tierra fue un conocer, recibir, responder, expresar y amar a Dios, y un adorarlo en lo que conocía y en lo que le quedaba por conocer.

Y como fruto de esta vida, puesto cara a cara frente a Dios y cara a cara frente a los hombres, expresaba en el cielo, como Hombre, a Dios; y como fruto de su contemplación en amor glorioso, como consecuencia inmediata de ese conocimiento, expresión y amor, vuelto hacia los hombres, rompía en expresión hacia ellos; retornándose con todos al Padre en respuesta de adoración gloriosa y reparadora, que en Él era infinita por ser su Persona la segunda de la adorable Trinidad.

Ya está Jesús, por la unión hipostática de las dos naturalezas, siéndose el Verbo de la Vida Encarnado, cantando a Dios, y, haciendo lo mismo que hace en el cielo, cantando a los hombres: «Todo lo que oí a mi Padre, os lo manifesté»⁶. Porque no es que Jesús cantara una canción a Dios y otra a los hombres, no; sino que Él, como Persona, por su boca le dice a Dios infinitamente lo mismo que a los hombres, pues por no tener Jesús más persona que la del Verbo, que es el Cantor infinito en el cielo y en la tierra, el mismo Canto y la misma Expresión que Él se es al Padre, reper-

⁶ Jn 15, 15.

cutiendo en su humanidad, lo es a los hombres.

El Verbo, Palabra infinita del Padre, coge a su naturaleza humana como tornavoz para seguir cantando a Dios en el Hombre y cantar al hombre, como Dios, su vida eterna. Canción que Él dejó depositada en el seno de la Iglesia, por María, para prolongar su misión de decirnos su vida durante todos los siglos; canción que la Iglesia, unida a Cristo, en su Liturgia, vuelta hacia el Padre, le canta durante todos los tiempos; siendo la Iglesia la que continúa el cántico de Cristo a Dios y a las almas.

Gracias, Señor, por haberme enseñado hoy el misterio de la Encarnación desde el seno de María, y así haber conocido las grandezas de Cristo y las grandezas de la maternidad de María ¡tan desconocidas!

¡Gracias, Madre, por haberme acurrucado en tu regazo y sostenido con tu maternidad para que no muriera al contemplar el gran misterio de la Encarnación!

4-4-1972

SI YO LOGRARA...

¡Si yo lograra decir,
en mi expresar lastimero,
esto que siento en mi hondura,
cuando me hundo en mis Cielos...!,

¡en aquel gozo inefable
que, en la Encarnación del Verbo,
Dios me mostró al adentrarme
en la hondura de su encierro...!

¡Si yo lograra, en mi modo,
el descifrar con conceptos
eso que vivo en mi entraña,
cuando se acerca el Eterno,
cuando me mete en las fraguas
de sus coeternos misterios...!

¡Si dijera, en mi misión
de decir lo que en mí tengo,
decir el decir de Dios
que yo encierro en mis adentros...!

¡Si lograra de algún modo,
aunque lo hiciera muriendo,
romper la hondura profunda
del vivir de mi secreto...!

¿Cómo decir lo indecible
en mi angustioso lamento...?

Mas, si no puedo decirlo,
¡menos puedo no exponerlo!,
ya que la fuerza de Dios,
introducida en mi pecho,

me impulsa para que exprese
lo que tengo, como puedo,
aunque me mate el martirio
por profanar mi secreto.

¡Qué triste es morir penando,
aunque me envuelvan los Cielos!

23-4-1972

MELODÍAS DULCES...

Melodías dulces,
claustrales misterios,
voces del Dios vivo
en tenue concierto...

Melodías dulces
que impregnan el pecho,
que hieren su hondura
con el toque quedo
de su cautiverio...

Melodías dulces,
algo que es eterno
se siente en el alma
cuando logra ésta
sumirse en silencio.

Melodías dulces,
toques del Inmenso,
hablas de amor puro
en llamas de fuego...

Melodías dulces...,
¿cómo será esto
de querer decirlo
sin poder hacerlo?

Melodías dulces
que envuelve el misterio,
que el alma apercibe
dentro de su seno...

Melodías dulces,
que, sin ser conciertos,
son beso de Dios
en unción de cielo...

Melodías dulces
en martirio lento,
en llagas sangrantes,
en cauterio inmenso...

Melodías dulces
envuelve el misterio,
y por eso quedo
sumida en silencio.

Melodías dulces
en paso de Eterno...

Del libro «Frutos de oración»

564. Experimento con el misterio de Cristo como con el de la eternidad, que, mientras más la conozco, menos la puedo expresar por la simplicidad perfectísima, subsistente y divina de su realidad. (24-10-74)

565. El que vive del Espíritu Santo es llevado a María, y Ella le muestra en su seno el secreto de la Encarnación, donde el Padre dice al hombre su vida, por su Hijo, en la virginidad maternal de la Señora. (22-12-74)

566. Cuando Dios me quiso decir su gozo infinito, el Verbo se hizo carne y, a través de María, me lo deletreó en mi Iglesia santa con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo. (25-9-63)

567. ¡Qué grande es que Dios, que por su capacidad infinita no puede ser más que Dios, se haga hombre...! ¡Y qué grande es que el hombre pase a ser Dios! ¡Misterio incomprensible de amor infinito! (7-3-67)

568. La Encarnación es el romance de amor de Dios al hombre que se escribió en las purísimas entrañas de María. (12-9-63)

569. ¡Día de la Encarnación...! Día eminentemente sacerdotal, de acción de gracias y de anonadación, porque Dios hizo lo inimaginable e incomprensible para la mente humana por amor a sí mismo y a los hombres. ¡Misterio de ternura indecible y de esplendor infinito, de sencillez escalofriante y de majestad soberana!, ante el cual sólo cabe adorar temblando de amor y respeto. ¡Día de la Encarnación: Dios es Hombre y el Hombre es Dios! (4-4-75)

570. El Verbo Encarnado abarca, en la realidad de sus dos naturalezas, la eternidad y el tiempo, la Divinidad y la humanidad, la criatura y el Creador, en una unión tan perfecta que, siendo Él en sí el Cielo y la tierra, no tiene más persona que la divina. (15-10-74)

571. Cristo es tan sumamente maravilloso, que Él mismo es la Unción y el Ungido; la Unción en cuanto Dios, y el Ungido en cuanto hombre, teniéndolo todo realizado en sí por la plenitud exuberante y trascendente de la Encarnación. (15-10-74)

572. Jesús es la perfección consumada del Plan de Dios, anunciado a Abraham, padre de todas las naciones, y proclamado por los santos Profetas del Antiguo Testamento, en la manifestación del Amor infinito hacia el hombre y en la respuesta del mismo Amor infinito, hecho hombre, hacia Dios. (15-10-74)

573. En el misterio de la Encarnación están recopilados todos los misterios de la vida de Cristo, porque encierra en sí la donación de Dios al hombre y la injercción del hombre en Dios; siendo manifestada y consumada esa donación mediante la vida, muerte y resurrección de Cristo, según la voluntad del Padre, bajo el impulso y el amor del Espíritu Santo. (12-1-67)

25. El Verbo, para encarnarse, toma una humanidad inimaginablemente perfecta y, al unirla a su persona divina, hace posible que este hombre sea Dios; y como las tres divinas Personas, aunque distintas, son inseparables, el Verbo, al unirse con la humanidad, nos da al Padre y al Espíritu Santo. Y así como en el Hijo nos unimos con el Padre y el Espíritu Santo, en el Hombre toda la humanidad se une con Dios, formando así el Cristo Total, Cabeza y miembros, en la unión estrechísima del Espíritu Santo; siendo todo esto obrado en las entrañas de María. (4-12-64)

26. En el momento de la Encarnación fue cuando se obró la gran donación de Dios al hombre, al hacerse Dios Hombre y el Hombre, Dios. También, misteriosamente, se celebró la primera Misa, realizándose la injercción de la humanidad en Cristo, la unión de Cristo con su Iglesia y, por lo tanto, la fundación, en germen, de ésta. En este mismo momento de la Encar-

nación y por este gran misterio, la Familia Divina se puso en conversación con el hombre, y recibió en Cristo la respuesta infinita de reparación que, desde toda la eternidad, del hombre esperaba. (4-12-64)

574. La Encarnación es el acto amoroso de Dios, lleno de compasión y misericordia infinita, derramándose sobre el hombre en el seno de la Virgen con voluntad redentora. (27-3-62)

575. Gracias, Señor, porque te hiciste Hombre y, por ello, eres capaz de sufrir, morir, resucitar e, incluso, quedarte durante todos los tiempos en la Eucaristía, prolongando todo el misterio de la donación de tu amor en la Iglesia por medio del sacerdocio. (4-4-75)

14-2-1976

CALLA, ALMA, Y ADORA

Dios pide que calle todo en mis adentros,
porque, en su misterio, me quiere abismar.
Allá, en mi recóndito, todo está en silencio,
por eso apercibo su amor en besar;

y me pierdo a todo de cuanto me envuelve,
sabiendo, en su gozo, su modo de obrar.
¡Calla, alma querida!, oculta el secreto
del *Sancta Sanctorum* en tu palpar.

No rompa el silencio mi alma adorante,
no apague sus voces de infinito hablar,
deje que, en mi seno, Dios ponga su acento
del modo sagrado que Él se quiere dar
ante los misterios del Verbo Encarnado
siendo Dios y hombre rompiendo en cantar.

Silencio es mi vida, cuando por mí pasa
en toque infinito de eterna Deidad;
para que lo exprese del modo que pueda
con tenues acentos de brisa sagrada
en mi palpar.
Su paso es callado, repleto de dones,
cual murmullo suave en tenue rozar.

Y entra en tus adentros donde el Infinito,
por ser yo su Eco, se quiso mostrar
a mi ser herido de tantos amores
como abrió en mi hondura la Divinidad.

Calla, alma, y adora,
¡Dios pasa en besar...!

29-10-1959

JESÚS

¡Qué riqueza encierra en sí la realidad trascendente de Cristo...! Él es el Sumo y Eterno Sacerdote por tener en sí toda la realidad infinita y toda la realidad creada. Él es la unión de Dios con el hombre, porque, en Él, Dios se nos da en la comunicación infinita de su intimidad familiar; y porque, en Él, todos los hombres entramos a tomar parte en la misma vida de Dios.

«Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres»¹.

¡Misterio trascendente el de la Encarnación por el cual Dios es Hombre y el Hombre es Dios...! «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»².

Jesús es en sí la perfección infinita y creada, en la unión hipostática de su naturaleza divina

¹ Jn 1, 1. 4.

² Jn 1, 14.

con su naturaleza humana, y por eso sufre y goza como nadie en su caminar por la tierra.

Su misión es darnos a conocer el gozo eterno que está en la vida del Padre, del Espíritu Santo y de Él mismo. «El que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva». Decía esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él»³.

Y sufre y se queja porque, no solamente no conocen al Padre, sino también porque ni siquiera le conocen a Él, que se hizo hombre para que mejor le conociéramos; y con el alma desgarrada por el dolor y la incomprensión de los hombres, dice: «¡Ni te conocen a Ti, Padre, ni a Jesucristo tu enviado!»⁴.

Jesús fue hecho por el Espíritu Santo para traernos la vida divina y abrasarnos en su mismo fuego. ¡Y después de veinte siglos estamos los cristianos de hoy, como los de ayer, sin recibir al Padre como Él desea!

Entremos ahora en el primer instante de ser concebido Cristo.

En ese mismo instante el alma de Jesús contempla cara a cara la divinidad. «A Dios nadie

³ Jn 7, 37-39a.

⁴ Cfr. Jn 16, 3.

le vio jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre, Él nos lo manifestó»⁵.

«Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y nadie conoce bien al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar»⁶.

«Porque en Cristo están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios y en Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente»⁷.

¡Qué momento eterno de gozo, de alegría, de amor, de anonadamiento, de agradecimiento..., al verse Él el escogido, el ungido, el predestinado, el Hijo amado del Padre...!

¡Toda su alma gozando, abrasada en el ímpetu de la corriente divina, contemplando con el Padre su ser eterno, cantando con su misma Persona, con el Verbo, y abrasándose con el mismo fuego del Espíritu Santo; participando de la Divinidad en una transformación como ninguna criatura; participando de la Trinidad de Personas y de la Unidad de Ser, en cada uno de sus matices y perfecciones, en un grado casi infinito...!

Alma de Cristo, ¡qué contenta...!, ¡qué gozosa...!, ¡qué alegre...! Toda tú eres un júbilo de amor, gozando del contento infinito del Dios altísimo. Alma de Jesús, esposa del Verbo infi-

⁵ Jn 1, 18.

⁶ Mt 11, 27.

⁷ Col 2, 3. 9.

nito..., ¡el descanso de Dios al mirar al hombre...!

¡Ya el Padre puede mirar a la tierra a través de su Verbo hecho Hombre!

¿Qué sería para Jesús, el Santo, el ver que Él era el Verbo Encarnado? ¡Qué júbilo en el alma de Cristo...! ¡Parece que no tiene tiempo más que para gozar! ¡Está como loco de amor divino!

Y en ese mismo instante de la Encarnación, cae sobre su alma de Redentor la carga innumerable de todos los pecados de los hombres.

En ese mismo momento, y precisamente por la luz de la visión de Dios, comprende y penetra hasta lo más profundo la malicia terrible, espantosa y espeluznante del pecado. Y ve que ese mismo Dios Santo es ofendido por sus criaturas, que se han rebelado contra El que se Es y se manifiesta como voluntad de santidad contra el pecado.

«Por lo cual, entrando en este mundo dice: no quisiste sacrificios ni holocaustos, pero me has preparado un cuerpo. Los sacrificios y holocaustos por el pecado, no los recibiste. Entonces yo dije: “Heme aquí que vengo –en el volumen del Libro está escrito de mí– para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”... y en virtud de es-

ta voluntad, somos nosotros santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez»⁸.

¡Terrible dolor el de Jesús en el mismo instante de la Encarnación, en el cual contempla cara a cara la divinidad y sabe lo que es la santidad de Dios...!

Estaba todo gozoso en la contemplación del Dios glorioso, del Dios altísimo, y su ser se ha nublado tan hondamente como hondo es el conocimiento que tiene de Dios, hundiéndose en una profunda tristeza. El conocimiento de la excelencia de Dios fue la condición de su inmolación, porque a mayor luz, más grande dolor, al ser Él el encargado de darnos esa misma Luz y no ser recibido.

Y al caer sobre Él la carga innumerable de todos los pecados de todos los tiempos, se vuelve al Padre y, en función de su Sacerdocio, responde en nombre de toda la humanidad ante la santidad infinita de Dios. «Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero»⁹.

Por lo que, por una parte, Él vive una plenitud de vida y felicidad en la comunicación íntima y cariñosa de las divinas Personas. Con-

⁸ Heb 10, 5-7. 10.

⁹ 1 Jn 2, 2.

templa con el Padre toda su infinita perfección, la expresa, en unión total y absoluta con su infinita Persona, y se abrasa en el amor saboreable del Espíritu Santo. ¡Qué vida de júbilo, de llenura, de posesión, de comunicación dentro de las divinas Personas!

Y todo Él es recepción de la infinita donación de Dios al hombre. Toda su alma está abierta al ímpetu amoroso del Espíritu Santo que, por Él y a través suya, quiere comunicarse, en fuego avasallador y en ímpetu sabroso, a todos los hombres.

Por otra parte, Él es la Palabra infinita en su Persona divina, que, al unirse con su misma humanidad, la ha hecho tan palabra, que toda la humanidad de Cristo ya sólo palabra puede ser para expresar, en un romance de amor, toda la vida divina a los hombres.

«En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros Padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas»¹⁰.

¹⁰ Heb 1, 1-3.

Por lo que el alma de Cristo es toda abertura y respuesta frente a Dios, que, en la misma medida que le recibe, le responde.

En ese mismo instante de su recepción frente a Dios, repleto con la participación del Infinito, se vuelve hacia nosotros, continuando su misión en la tierra –al ser la Palabra del Padre– de comunicarnos todo el tesoro de nuestro Padre Dios.

Y en el mismo instante que se vuelve a nosotros, recibe el «no» escalofriante de la humanidad, que nuevamente en Él le dice a Dios que «no»:

«La Luz brilla a las tinieblas y las tinieblas no la recibieron. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron»¹¹.

¡Instante tremendo de dolor y de tragedia para la Palabra infinita Encarnada que, en un romance de amor, de sabiduría, de plenitud, dicha y felicidad, nos está diciendo su vida en la manifestación de amor más incomprensible, más amorosa: la Encarnación, que hace que Dios sea Hombre para que, diciendo su vida a los hombres e incorporándolos a sí, les haga Dios por participación!

¹¹ Jn 1, 5. 10-11.

En el momento de la Encarnación, Cristo, cargando con todos los pecados de todos los hombres, se vuelve al Padre y se ofrece en victimación de respuesta amorosa por todos nosotros. Quedando en postura sacerdotal y en función del ejercicio de su Sacerdocio que le hace ser el que recibe la vida divina; el que responde al Amor infinito; el que, en la llenura de su plenitud, se vuelve para saturarnos a todos de divinidad; y el que, al no ser recibido, se retorna al Padre, en respuesta de retornación y sacrificio, para expiar en sí, y así purificar al hombre, del «no» escalofriante que nuevamente ha repetido a la santidad infinita de Dios.

¡Ya Dios tiene en la tierra un Hombre que, siendo Hombre, es Dios, y que le responde eterna e infinitamente como Él se merece, en nombre y en respuesta de toda la creación! ¡Y ya el hombre tiene en la tierra a Dios que, a pesar de ser Dios, es Hombre, y que, al hacerse uno de ellos, tiene una capacidad tan trascendente, que es capaz de recopilar en sí a todos los hombres, y, volviéndose ante Dios, reparar por todos ellos como responsable de toda la humanidad!

Jesús, como hermano mayor que contemplaba siempre la Alegría eterna, tenía una nube tan grande de tristeza, al verse el Primogé-

nito y fiador de todos sus hermanos, que ni amaban a Dios ni le buscaban, como Él mismo dice: «¡Me dejaron a mí, que soy Fuente de aguas vivas, y se cavaron cisternas, cisternas rotas!»¹².

Jesús ha venido para darnos el secreto amoroso de nuestra Familia Divina, y se encuentra con la dureza e incompreensión de la inmensa mayoría de los hombres que, mirándolo todo al modo humano, no solamente no han conocido a Dios, sino que tampoco conocen a Jesucristo, su enviado, siendo Él, en cada instante de su vida, víctima de ese desconocimiento.

La misión de Cristo es darnos a participar de la vida que el Padre, abrasado en el Espíritu Santo, le comunicó, para que la depositara en el seno de la Iglesia y ésta, con corazón de Madre, nos la diese durante todos los tiempos:

«Y no hay salvación en ningún otro. Pues no se nos ha dado a los hombres otro nombre bajo el cielo con el que podamos salvarnos»¹³. Lavando la mancha de nuestros pecados con su misma sangre, hizo lo máximo que pudo hacer por nosotros, sus hermanos. ¡Y aún seguimos sin recibirle!: «Felipe, ¡tanto tiempo que estoy con vosotros y aún no me habéis conocido...!»¹⁴.

¹² Jer 2, 13.

¹³ Hch 4, 12.

¹⁴ Jn 14, 9

Qué soledad, qué incomprensión, qué tristeza la del alma de Cristo, que quisiera mostrarnos al Padre, que nos grita en toda su vida, con todos sus milagros, en todas sus obras, miradas, palabras, acciones: ¡Dios...!, ¡Santidad...! y ¡entrega del Dios bueno...!

¡Qué sería para Cristo, después de treinta y tres años de su vida mortal, ver que seguíamos, la mayor parte, sin recibir a Dios...! ¡Y cómo se le desgarraría el alma, en sus horas largas de oración, a Él, que era el Cristo, el Ungido, hecho para ofrecerse y para ser inmolado...! ¡Qué sentiría Jesús, al ver y vivir todos los tiempos, todos los pecados de todos los hombres, y cómo, después de veinte siglos, sabiendo lo que Dios se merecía, y lo terrible de su incesante inmolación y sacrificio, seguía sin ser recibido...!

¡Qué dolor para el alma de Cristo, que vivió en cada momento de su vida siendo el Receptor del Amor infinito y viviendo la tragedia de toda la humanidad durante todos los tiempos...! Ya que Cristo vivió hondamente cada uno de los momentos de todos los hombres, pasados en amor o en dolor, en entrega o en olvido; siendo para Él su vivir, no sólo su propia vida, sino también la vida de todos nosotros en cada uno de nuestros momentos.

El alma de Jesús, expresión cantora del ser del Ser, casi en infinitud y en expresión per-

fecta, dice, según su capacidad, el infinito ser de Dios, de tal forma que, para Jesús, no hubo nada oculto de todos los siglos pasados o futuros.

Los treinta y tres años del divino Maestro fueron vividos, en cada instante de su vida, en la máxima intensidad de amor y dolor, de lo que su alma estuvo llena y repleta en todos los momentos de su existencia.

Jesús vivía su *momento presente* en tal intensidad, que, en cada momento de su vida, estaba padeciendo en su alma, pasando y sufriendo todo lo que, durante treinta y tres años, pasó por su ser de hombre.

Nosotros vivimos nuestro momento presente que, con más o menos intensidad, pasa para no volver más. Pero no fue así en Jesús que, como lo veía todo, cada momento de su vida mortal fue, no solamente el *momento presente* de sus treinta y tres años, sino que, en ese momento o instante de su vida, estaba viviendo también todos los momentos de todos los hombres y de todos los tiempos.

Quitemos la criatura del tiempo y el espacio: Cristo vive con nosotros, y nosotros quedamos misteriosamente unidos con Él sin distancias de tiempo y lugar; viviendo con Él en su tiempo –como Él vivió entonces el nuestro– el misterio trascendente de su vida, muerte y resurrección.

Quitemos de nuestra mente el fantasma del tiempo, que para la realidad del alma de Cristo, compendio apretado de toda la creación y abarcador de toda ella, pasa como a no ser; y por la inmensidad de su grandeza, es capaz de vivir, en cada uno de los momentos de su vida, la vida de todos y cada uno de los hombres.

Jesús vivió durante sus treinta y tres años, en cada momento, toda su pasión cruenta, con todos sus dolores, agonías y tristezas. «Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado y mi alma está en prensa hasta que no lo vea cumplido»¹⁵.

«Mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas, escritas por los Profetas, del Hijo del Hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía»¹⁶.

«En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará». Se miraban los discípulos unos a otros, sin saber de quién hablaba»¹⁷.

¹⁵ Lc 12, 50.

¹⁶ Lc 18, 31-34.

¹⁷ Jn 13, 21-22.

«Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada”. Pero después de resucitado os precederé a Galilea»¹⁸.

Todos los momentos de su vida, desde el pesebre hasta el *consummátum est*, fueron vividos por Él en un solo *momento presente*.

Pero no queda ahí, sino que, en ese mismo *momento presente*, Jesús sufrió: toda la tragedia terrible de su Iglesia, con todas las herejías, cismas, con todo el desgarramiento de ésta; el martirio y persecución de cada uno de sus mártires; los abandonos, sequedades y desamparos de todas las almas; la muerte de todos los santos; las ofensas de todos los pecadores; las traiciones de todos sus amigos e hijos... ¡Y esto, no de un tiempo, sino de todos los tiempos, desde Adán y Eva, hasta el fin del mundo!

¡Pobrecito Jesús...! La pasión cruenta de nuestro Cristo, de nuestro Dios Encarnado, fue una manifestación externa que expresaba un poco la tragedia espantosa de cada momento de los treinta y tres años de su existencia terrena.

¹⁸ Mt 26, 31-32.

No es que los treinta y tres años de Jesús fueran un *momento presente*, y que Él, durante toda su vida, fuera por partes viendo todos los tiempos y sufriendo por todos ellos, no; sino que Jesús, como vivió en el tiempo, vivió durante sus treinta y tres años innumerables momentos, durante todos los cuales Él vio y padeció todos los tiempos.

Y si se le hubiera preguntado:

— Jesús, ¿qué estás viviendo en este *momento presente* de tu vida mortal?

Él hubiera contestado:

— Mi *momento presente* es toda la tragedia espantosa de toda mi vida y de todos los tiempos. Yo estoy sufriendo en mi alma, en este *momento presente*: la ingratitud de todos los tiempos y de todos los hombres para con Dios; y estoy viviendo también en mi alma todos los amores y las entregas de amor puro de las almas fieles; y estoy sufriendo todas esas infidelidades y gozando con todos esos amores. Y no como una cosa en bloque, no; sino que cada latido de cada alma, y cada momento suyo vivido en amor o en desamor, en entrega o en olvido, es para mí mi *momento presente*.

«Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: “Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño”. Natanael le contesta: “¿De qué me conoces?” Jesús le responde: “An-

tes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Natanael respondió: “Rabí, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel”»¹⁹.

«... Sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle»²⁰.

«En verdad en verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces»²¹.

Jesús ha visto y ha vivido todos los instantes de nuestra vida pasados en amor o en desamor, siendo para Él su vivir constante. «En Jerusalén creyeron muchos... Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues Él conocía lo que en el hombre hay»²².

Así que, ese *momento presente* que a nosotros se nos hace a veces tan insoportable, y que estamos deseando que pase y que, una vez pasado no vuelva más, en Jesús fue su *momento presente* de treinta y tres años; de modo que Él vivió todas mis sequedades, tristezas y mis entregas de amor puro.

¹⁹ Jn 1, 47-49.

²⁰ Jn 6, 64.

²¹ Mt 26, 34.

²² Jn 2, 23-25.

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré»²³.

En el alma de Jesús fueron vividos todos mis sufrimientos y alegrías, amores y defecciones, siendo yo siempre para Él descanso y dolor. Y esto, no a ratos, ni que lo pasó una vez en su vida por cada uno; sino que Jesús vivió, en cada momento, todo lo de todas las almas, en toda su vida y en cada *momento presente* de ella. Así que toda mi vida la tuvo Él siempre presente, desde la Encarnación hasta el Calvario; y no sólo mi vida, sino la de todos los hombres.

Jesús no tuvo más *momento presente* en su vida mortal que un momento. No es que fuera su vida un *momento presente*, no; sino que la vida de Jesús era, en cada momento, el momento terrible de la tragedia de todos los tiempos de la vida de toda la Iglesia; viviendo Jesús en cada uno de los instantes de su vida, como Cabeza de su Iglesia, toda la vida de la Iglesia en todos sus tiempos con su realidad terrible de riqueza, misión –como prolongación de Él– y tragedia al no ser recibida; realidad viva que Cristo prolongará en el seno de esta santa Madre durante todos los tiempos.

«Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pe-

²³ Mt 11, 28.

ro porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán; si guardan mi palabra, también guardarán la vuestra»²⁴.

«Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga, pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios. Y esto lo harán porque no conocieron al Padre ni a mí. Pero Yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas y de que Yo os las he dicho; esto no os lo dije desde el principio porque estaba con vosotros»²⁵.

¡Oh vivir profundo del alma de Cristo...! Y por si era poca intensidad de vida para el alma maravillosa e incomprensible de nuestro Cristo, también tenía en ese *momento presente* la contemplación cara a cara de la Divinidad, contemplación que le hacía vivir en cada instante un *momento presente* de gloria.

¡Así que en el alma de Cristo se daba, en un *momento presente*, el infierno y el cielo, todos los amores de todos los tiempos y todas las tristezas y desamores de todos los siglos!

¡Qué riqueza encierra en sí Jesús...! Parece que la mente se rompe ante la perfección de

²⁴ Jn 15, 18-19. 20.

²⁵ Jn 16, 1-4.

su naturaleza creada, que fue capaz de vivir, en una intensidad tan trascendente y en un mismo instante, todo el gozo que le proporcionaba la comunicación familiar que vivía con las divinas Personas, y por otra parte, el dolor del desamor de los hombres que Él representaba ante Dios.

¿Cómo podremos nosotros comprender el amor de Dios que tan incomprensiblemente, para nuestra mente humana, nos ama...? ¡De cuántas maneras...! ¡En cuánta intensidad...! Para que no dudemos nunca del Amor infinito que, al amarnos, no se perdonó nada por nosotros.

«El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él?»²⁶.

¿Cómo podría Cristo, el Unigénito Hijo del único Dios verdadero, que vino a dar su vida en rescate por todos, para que por Él encontráramos la liberación y la salvación como hijos de Dios en el Hijo, Dios y Hombre que Él era en sí, por sí y para sí por su divinidad y por su humanidad; a un mismo tiempo, contener en sí todo el ímpetu infinito de la Divinidad que lo impulsaba irresistiblemente a comunicarse a los hombres, y todo el ímpetu escalofriante, en fuerza de rechazo, de la humanidad que le di-

²⁶ Rm 8, 32.

ce que «no»...? ¡Y Él en medio, como prensado, entre la donación de Dios y el rechazo de los hombres!

Todo el vivir de Cristo en sus treinta y tres años fue una expresión amorosa de la vivencia y tragedia que tenía en su alma en deseos incontenibles de comunicarse.

Y por eso la Eucaristía, la crucifixión y la muerte de Cristo con su resurrección gloriosa son la expresión deletreada del amor de Dios al hombre, que, llegando en su necesidad incontenible hasta el extremo, ardiendo en deseos, como Palabra infinita, de expresarnos y comunicarnos su misión, todo su ser de hombre reventó en sangre por todos sus poros en Getsemaní; explicándonos por todo su ser hasta dónde y cómo ama Dios cuando ama, y hasta dónde y cómo es capaz de expresarse el Amor infinito cuando habla.

Así se te ha dado Dios en su amor infinito, a través de Cristo, en romance de amor.

¿Qué hará tu amor ante la Donación infinita que se hizo *palabra* para que tú le recibieras, le escucharas y fueras capaz de amarle y vivirle?

28-1-1973

DIOS RESPIRA EN MIS ADENTROS

Cuando yo me interno,
con alma adorante
y en silencio quedo,
en la intimidad
de un sagrario abierto,
escucho el quejido
de Jesús en duelo,
escucho su roce
y siento su aliento...

Y entrando en la hondura
de su pensamiento,
lo que más me mueve
en mi sentimiento
es cuando yo escucho,
tras de mi silencio,
ese respirar
en lentos acentos,
ese reteñir
de su tierno pecho...

Y acerco mi alma
para capturar
ese palpitar
de sus sentimientos;

y oigo el tac... tac...
que, en su corazón,
el amor ha abierto.

Y mientras respira
el Hálito eterno,
yo respiro en Él
al modo que puedo,
para retornar
con mi respirar
a sus sentimientos.

Cuando Dios palpita
dentro de mi pecho,
yo respondo en don
del modo que puedo.

Del libro «Frutos de oración»

592. Dios se hizo una naturaleza humana para encarnarse, y tan perfecta fue por voluntad del mismo Dios, que no tuvo ni pudo tener más persona que la divina. (23-9-63)

593. No necesitó la naturaleza humana de Jesús persona humana para ser perfecta, porque fue creada para unirse a la divina en el Verbo. (23-9-63)

594. Si la naturaleza humana de Jesús hubiera tenido que tener persona humana para ser perfecta, no se hubiera podido encarnar el Verbo en ella. (23-9-63)

595. Dios se derrama tan pletóricamente sobre la humanidad de Cristo en unción sagrada, que toda esta humanidad, adhiriéndose a la Divinidad, puede decir por su persona divina: «Yo soy el que Soy»¹. (15-10-74)

596. Cuando miro al Verbo Encarnado como Dios, veo en Él toda la perfección infinita de la divinidad; y cuando le miro como hombre, le

¹ Éx 3, 14.

veo recopilación perfecta de toda la humanidad. (15-10-74)

597. La perfección de Cristo es tan rica, que es capaz de abarcar, no sólo por ser Dios en su naturaleza divina, sino por ser hombre en la perfección y por la perfección de su naturaleza humana, a toda la creación con todas sus criaturas, tiempos y circunstancias, siendo Él, misteriosamente, el compendio apretado de toda ella. (15-10-74)

598. Jesús posee la penetración completa y abarcada de todas las cosas en su hondura, anchura y largura, por ser más grande y perfecto que todas ellas en su naturaleza humana. (26-10-74)

599. Jesús es la sabiduría eterna del Padre en Expresión cantora; es la Luz del Resplandor eterno; es el todo infinito de Dios en delecto amoroso de conversación divina y humana; por lo que, cuando estoy con Él, estoy ante la contención apretada que encierra en sí cuanto es El que se Es, y cuanto es toda la creación. (14-9-74)

4-9-1975

TÚ ME MIRAS... YO TE MIRO...

Es tu mirada el descanso
de mi alma fatigada,
que me acaricia silente
en mis nostalgias cargadas.

Tú me miras cuando peno
y cuando, en glorias, me abrazas,
siendo lumbrera en mis noches
y sombra en mis marchas largas.

Tú me miras, yo te miro,
en un decir sin palabras
que son amores profundos
entre el Amor y la amada.

Yo conozco los secretos
del mirar de tus miradas,
penetro tus pensamientos,
cuando tus ojos me hablan.

Todo lo entiendo al mirarte,
aunque no me digas nada,
porque son «verbos» tus ojos
en infinita Palabra.

Jesús, cuando Tú me miras
en peticiones sagradas,
mi alma rompe en volcanes
de refrigerantes llamas,

y, en retornación silente,
bajo tu brisa callada,
rendida en adoración,
te respondo enamorada.

Del libro «Frutos de oración»

600. Mi alma está impregnada de luz sencilla y profunda sobre el misterio del Verbo Encarnado, poseedor, enseñoreador y abarcador del tiempo y de la distancia, para vivir con todos y cada uno de sus hijos en todos los siglos, y para hacer que, el *alma-Iglesia*, iluminada por la fe y la caridad del Espíritu Santo, le viva real, aunque misteriosamente, en cada uno de los momentos de su vida. (24-10-74)

601. Para la perfección del alma de Cristo no existe el tiempo en cuanto que su misterio se realiza en favor de todos los hombres de todos los tiempos. (15-10-74)

602. Es lo mismo decir que Jesús vivió treinta y tres años y los hizo extensivos a todos los tiempos, que decir que vivió todos los tiempos y los redujo visiblemente a treinta y tres años. Estos treinta y tres años fueron la manifestación, ante los hombres, de la realidad abarcadora de toda la creación y de todos los siglos que Él era. (15-10-74)

605. Por la perfección de su ser, el Sumo y Eterno Sacerdote, fue capaz de contener a to-

dos los hombres en la inmensidad de su abaración, y es capaz de vivir, a través de la Iglesia y por medio de la Liturgia, con y para todos ellos. Por eso es posible que todos los hombres, en su tiempo, vivan de su misterio. (15-10-74)

607. Cuando yo me uno al Verbo Encarnado, por mi injercción en Él, me uno también con el Padre y el Espíritu Santo, pasando a vivir su misma vida, por participación, y siendo ellos UNO en mí –no uno conmigo–; en esa misma injercción me uno con los hombres de todos los tiempos y ellos conmigo, siendo todos uno en Cristo, y, por Él, entre nosotros, viviendo todos unidos con y en la Familia Divina. (13-7-66)

608. El tiempo y la distancia son como un monstruo gigantesco que intenta ponerse entre Cristo y nosotros para separarnos. Pero ¿cómo podrá ser esto si nuestro espíritu vive porque es miembro de Cristo y está vitalmente unido a Él? (15-10-74)

609. El día que el Verbo Encarnado me injertó en Él, quitó misteriosamente entre Él y yo la distancia y el tiempo. Él empezó a ser mi Cabeza y yo miembro de su Cuerpo. (15-10-74)

610. Yo me río del fantasma del tiempo, que aparece como separador del misterio de Cristo con nosotros. (24-10-74)

611. Mi vida de fe, esperanza y caridad, me quita la dimensión del tiempo, él es más pequeño que yo, tanto que para mi *alma-Iglesia* no existen sus distancias y fronteras. (24-10-74)

613. El Verbo Encarnado es más antiguo, más duradero y más amplio que todos los tiempos, y yo estoy injertada en Él directamente, como miembro de su mismo cuerpo; por lo tanto, viviendo de su realidad tal cual es, y saciándome de los manantiales que brotan de su pecho bendito, trasciendo los tiempos y me hundo en la eternidad. (15-10-74)

614. Como Cristo es la contención de todos los tiempos y la abaración de la creación, Él es la frontera con la eternidad y la misma eternidad sin fronteras, por ser Dios y hombre. (29-10-70)

615. La más perfecta imagen, como criatura, de la perfección infinita, es Jesús en cuanto vive y hace; y por ello, es capaz de contener en sí todo el plan de Dios terminado y acabado. (25-10-74)

616. El Verbo vino a comunicarnos el gran mensaje divino, y éste nos lo dijo en la Encarnación, Belén, Nazaret..., en su predicación y en la crucifixión; y nos lo sigue comunicando en la Iglesia durante todos los tiempos, por la

Liturgia, y también en la intimidad del alma y en la oración, junto a la Eucaristía, donde en romance de amor silencioso nos dice El que Es su amor infinito como Palabra eterna del Padre. (1-2-64)

22-9-1974

MI MISIÓN ES SER ECO

El día 19, durante el santo Sacrificio del altar, sangrando de dolor en mi espíritu, he mirado a Jesús y he comprendido como nunca el porqué de la hondura de su vivir, del desamparo de sus penas y de la tragedia de su corazón... He visto la grandeza de la perfección del alma de Cristo, capaz de abarcar a todos los hombres de todos los tiempos, dándoles amor y recibiendo traiciones... He vislumbrado la finura penetrante, la perfección y la profundidad profunda del amor con que nos ama.

Parece como si hubiera penetrado en lo que pasaba en el alma de Cristo durante su crucifixión: los dolores de su cuerpo no eran más que una manifestación pequeñísima de las penas profundas que anegaban su espíritu...

¡Qué heridas sangrantes, abiertas y sin cicatrizar, tenía dentro de su alma santísima...!
¡Qué desamparo por parte de los hombres...!
¡Qué agonías las de su corazón! ¡Qué amor...!
¡Qué capacidad, al poder abarcarnos a todos y a cada uno de nosotros, en aquel instante de

su vida, con todos y cada uno de los amores o ingratitudes de las nuestras...!

¡Pero qué herida he visto el alma de Cristo...! ¡Qué sangrantes y qué punzantes éramos cada uno de nosotros en su espíritu! ¡He quedado espantada de que Cristo pudiera resistir tanto dolor...!

Cada uno de los hombres era como una flecha hiriente, que el ímpetu infinito del Espíritu Santo, el día de la Encarnación, incrustó en su espíritu con el matiz personal de cada uno... ¡Qué fecundidad la de su paternidad rompiendo en redención...!

He vivido muy profundamente el misterio sangrante del Amor infinito desamado, desconocido y desamparado; penetrando dolorosamente en esta frase de la Sagrada Escritura: «Busqué quien me consolara y no lo hallé...»¹.

¡Qué trágica desolación la de Jesús en la cruz...! ¡Qué desamparo en la profundidad profunda de la hondura de su corazón! ¡Qué tristeza tan aguda la que envolvía todo su ser, buscando, como Amor infinito, amor de los que amaba, en respuesta a la entrega gratuita de su donación...!

¡Cuántas veces durante toda mi vida he sido introducida por Cristo en su alma santísima, sa-

¹ Sal 68, 20.

biendo, de saborear, su donación amorosa a los hombres...! Pero nunca como este día he descubierto ese «punto» sangrante de su espíritu, donde todos y cada uno de los hombres, como una flecha aguda en taladrante penetrar, somos introducidos en su hondura.

Jesús es el «Grito sangrante» del Amor infinito en donación amorosa a los hombres, y la respuesta del hombre al Amor infinito. Es el «blanco» donde las saetas incandescentes del mismo Amor infinito son lanzadas, y el «blanco» también donde todos los hombres, que, como flechas, le van asaeteando en amor o en dolor, en entrega o en ingratitud.

¡Alma de Cristo, desconocida...! ¡Corazón de Jesús, taladrado, receptor viviente de amor y de ingratitud...! Déjame que, hecha una cosa con mi Espíritu Santo, con mi Espíritu mío, yo vaya besando, como cicatrización de amor, todas y cada una de esas heridas punzantes que te son un «no» en dureza de ingratitud...

Yo hoy necesito ser con el Espíritu Santo beso de consuelo amoroso que te diga eternidad, respuesta de los que amas, y entrega de incondicional donación. Pues también yo, ante la contemplación de tu duro penar, he visto en un instante que mi vivir es repercusión de tu vivir, en expresión pequeñita de mi ser de Iglesia.

Toda la vida del Verbo Encarnado sobre la tierra fue un misterio de amor y de desamparo, de entrega por parte suya y de ingratitud por la nuestra. ¡Qué capacidad de recepción la de su alma...!

El Espíritu Santo, impulsado por la voluntad del Padre, besa el alma de Cristo «allí», donde cada uno de los hombres son una realidad viva, vivida y amada por nuestro Redentor...

La redención es la entrega del Amor que muere de amor, amando, ¡de tanto amar...! Y toda la intensidad y extensión de los dolores físicos de Jesús fueron sólo una manifestación hacia fuera del dolor agudo que, en lo profundo de su alma, Él vivía con relación a los hombres.

Cristo era en todo su ser un «Grito» de amor que vivía en nostalgia esperando a sus hijos..., clamando, en el silencio de su dolor, en necesidad de hacerse uno con todos cuantos la voluntad del Padre le dio por el impulso y el amor del Espíritu Santo.

Por eso Jesús es un misterio de amor y de desconsuelo, de entrega y de rechazo por parte de sus hijos; de clamor y de misterio, que en la nostalgia de su corazón, clama en llenuras de posesión de los que ama.

Él pide con necesidad urgente nuestra respuesta a su amor infinito: «Que sean uno, ¡oh

Padre!, como Tú y Yo somos uno»² y que «donde Yo esté estén también los que me diste»³. Que estén «allí», ¡oh Padre!, en tu seno y en mi seno, para que sean uno con nosotros en el amor del Espíritu Santo.

Pero la capacidad de Cristo es tan grande, tan perfecta, tanto, ¡tanto!, que con todos y cada uno de los hombres tiene esta misma vivencia en tragedia de amor que se entrega y exige respuesta.

¡Cuánto comprendí este día...! ¡Cómo me experimenté reflejada en Cristo...! ¡Qué bien entendí el dolor agudo que el amor infinito del Espíritu Santo había abierto en su alma al introducirle uno tras otro, como en dardo de amor, a cada uno de los hombres! ¡Porque era el amor infinito del Espíritu Santo el que, obrando la Encarnación en el seno de la Señora, los impulsaba a todos en el ímpetu de su fuego, introduciéndolos en el alma de Cristo...! Todo es obra del Espíritu Santo, porque es obra del Amor de Dios para con el hombre...

Y el mismo día de la Encarnación, Cristo, que era el Amor infinito por su persona divina, quedó victimado en su alma santísima por la recepción de ese mismo Amor y por la ingrati-

² Jn 17, 22.

³ Jn 17, 24.

tud de todos los hombres, que, al decirle que «no», le heríamos en lo más profundo y sagrado de la médula de su espíritu.

¡Cómo he comprendido en este día lo que éramos cada uno de nosotros para su alma santísima...! Y al verle en la cruz, como un pingajo, he comprendido también que mi pena era sólo reflejo de la suya, porque era amor de Espíritu Santo y fruto de ese amor desgarrado...

¡Cómo me vi reflejada en el alma de Cristo...! Pues también vi a mi alma como un pingajo, destrozada y herida en lo más íntimo y recóndito, allí, donde sólo Dios mora para Él y para mí, y donde están [...] las almas que Dios introduce en lo profundo de la médula de mi espíritu...

Y en ese mismo instante he sentido la caricia del Amor infinito en Beso de Espíritu Santo, en cariño de Esposo, en protección de consuelo y bálsamo refrigerante que cicatriza las heridas de la médula de mi ser: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy Yo como la da el mundo»⁴.

He mirado a Jesús y me he mirado... y me he sentido nuevamente, no sólo el «Eco de la Iglesia mía», sino el Eco del alma de Cristo; y he sabido de su amor y de su dolor, de su

⁴ Jn 14, 27.

grandeza de espíritu y del fruto de su fecundidad que le hace morir en nostalgia de amor por los que ama.

Cristo se ha vuelto al Padre queriéndole glorificar, y lo ha conseguido del modo sangrante que en su naturaleza humana ha podido. Pero el Padre, para que el dolor de su Hijo en fruto de reparación para Él y manifestación de amor para las almas sea más fuerte, ante la agonía de su corazón, le ha dejado en silencio de muerte...

Jesús busca consuelo en los Apóstoles ¡y también un silencio de muerte le ha respondido...! ¡Cómo necesitaba Jesús en aquellos momentos de dolor, de la cercanía espiritual y física de los que amaba...! Pero, en la demostración total de su desamparo, ¡estaba solo...! Allí se encontraba su Madre y el discípulo a quien amaba... Así también se sintió mi alma como «Eco» pequeñito del alma de Jesús: buscó en su añoranza..., en su nostalgia..., en la muerte sangrante que le producía la herida de su espíritu... buscó a [...] las almas ¡y estaban lejos...!, ¡muy lejos...!

¡Qué grande es ser «Eco de la Iglesia mía»...! ¡Qué grande es ser Eco de Jesús y de María...! ¡Qué pequeñito es el eco...!; sólo y siempre repite... No tiene otra capacidad ni sabe hacer otra cosa; es repetición amorosa o sangrante,

de vida o de muerte, de gloria o de desgarró... Porque también, como Jesús, en estos días he sentido que el poder de las tinieblas se abalanzaba sobre mí... He experimentado oleadas terribles de infierno, en la cercanía espantosa de la amargura de su contacto.

¡Qué pequeñito es ser Eco...! Pero ¡qué grande es vivirlo...! La paz inundó mi ser con el consuelo del ángel confortador, que para el «Eco» pequeñito del alma de Cristo en aquella mañana fue el mismo Espíritu Santo cicatrizando mis heridas... Y desde ese momento la dulzura de su cercanía me invadió, pero en el dolor, tristeza y petición de respuesta en nostalgia de los que amo...

Estos días he cantado mi canción. He llenado mi misión como «Eco de la Iglesia mía», repitiendo los sentimientos profundos del alma de Cristo en derramamiento de amor a los suyos y en necesidad de respuesta.

«Allí», donde Dios me besa..., donde mete a [...] las almas...; donde están los que amo...; «allí»... en aquel «allí» de lo recóndito de mi espíritu donde mora Dios para Él, para mí y para [...] las almas, «allí», me siento herida en el mismo punto donde me siento besada por el Espíritu Santo en beso de fecundidad, de plenitud de vida, de redención.

¡Cuántas veces, como Jesús, clavada en la cruz, busco la cercanía de los míos ¡y no la encuentro...! Y aunque el Espíritu Santo esté cerca, dentro del alma, besándola y queriéndola, el mismo Espíritu Santo la impulsa a clamar por los que ama en llamaradas de amor y de respuesta.

¡Qué duro es ser «Eco» de la Iglesia, de Cristo y de María, en el país del desamor...! Pero hoy, por una misericordia de Dios, he comprendido el sufrir trágico de estos días en la hondura de mi corazón, en aquel punto donde Dios mora y el Espíritu Santo me besa con amor de Esposo, [...]; porque la redención ¡es así!: amor de entrega y respuesta de desamparo..., petición de amores y nostalgia de los que amamos..., clamores de extendimiento en la cruz y búsqueda, la mayoría de las veces, de consuelos de eternidad en silencio de muerte.

El «Eco» de Jesús ha repetido, en su modo pequeñito de ser, algo de la hondura del misterio del Redentor... Y si el Espíritu Santo no hubiera venido con consuelo de Esposo y cicatrización de amor, hubiera muerto de angustia como Jesús en el Calvario.

No he tenido en estos días fuerza para clamar por la eternidad; ¡sólo clamar por [...] las almas, en la experiencia de una profunda lejanía...! Pero ¡cómo contaré, y a quién, cuanto

he vivido en mi muerte de cada minuto y cada instante, sintiéndome desgarrar en lo más profundo de la médula de mi ser, en un «por qué» sin respuesta, que sólo me hacía clamar en necesidad de cercanía de los que amaba...?!

Ahora comprendo por qué el día 19 por la mañana, durante la santa Misa, en el mismo instante que vi a mi alma como un pingajo, al volverme a Cristo crucificado me quedé espantada ante la desolación trágica de la suya asateada en dardos de amor por el Beso del Espíritu Santo, que eran como saetas que introducían a sus hijos, allí, dentro de la profundidad de su espíritu...

¡Qué grande, qué inmenso he visto a Cristo...! ¡Qué aplastado por su amargura...!, ¡con qué necesidad de respuesta ante su amor infinito para con sus hijos...! y ¡qué solo en el desamparo del Calvario...! En ese mismo instante me sentía besada por el Espíritu Santo en bálsamo de amor que cicatrizaba las heridas que había en mi espíritu, en el hondón hondo de mi profundidad...

Pero ha sido hoy cuando he comprendido que yo, estos días, estoy llenando mi misión de Eco de Jesús en el seno de la Iglesia. Por la pequeñez de mi espíritu y la grandeza de la prueba, no he sido capaz de descubrir hasta hoy que mi misión es también ser Eco de Jesús y de María...

Yo soy el «Eco de la Iglesia mía» en todo cuanto encierra y contiene. Soy expresión de su vivir, de su tragedia y de su Canción, y por eso me abraso, en las contenciones de mis apreturas, por el toque sabroso, deleitable e íntimo del Espíritu Santo. Y quiero expresar a Cristo aunque me muera, aunque reviente en las opresiones de mi expresar, aunque, para ser «Eco» de mi Cristo sangrante, tenga que saborear la amargura de su desolación, que sentir sobre mí el momento del poder de las tinieblas y que experimentar el dolor profundo en nostalgia de: ¡Almas para Dios...!, ¡hijos para su Seno! [...].

¡Qué grande es ser Iglesia...! Si yo, que sólo soy dentro de ella su «Eco» pequeño, me siento sólo alma para vivirla en las contenciones de sus apreturas, ¿qué será el manantial de sus inexhaustivas perfecciones...?! ¿Cómo podrá la Iglesia mía contener en su seno a Dios viviendo su vida, a Cristo con toda su realidad, a María con el derramamiento de su Maternidad con todo cuanto esto encierra de entrega y de respuesta...?!

¡Ya no me importa sufrir aunque sea el desamparo de los que más amo...! pero no por eso he de dejar de sentir mi amargura, mi pena y mi desolación... ¿Cómo seré «Eco» peque-

ñito del alma de Cristo, si no repito su vivir en canción de amor a los hombres?

¡No me tengáis miedo, miembros de la Iglesia mía, que yo sólo soy Iglesia y más Iglesia que alma...! Y porque soy más Iglesia que alma, en la contención pequeñita de cuanto encierro, vivo con Cristo en cada uno de los momentos de mi vida una llenura de eternidad..., una nostalgia de su encuentro..., una vivencia de maternidad..., una necesidad de entrega y respuesta..., una victimación redentora, bajo la acción cariñosa, íntima, cálida, penetrante y nutritiva del Espíritu Santo.

Yo soy el «Eco de la Iglesia mía» y repito su canción como puedo, en mi modo de ser pequeño; pero, ante la contención de cuanto encierro, me abraso en sus vivencias.

¡Gracias, Señor, por la grandeza del misterio que encierras...! Gracias por hacerme Eco pequeño de tus contenciones, aunque para esto mi espíritu viva, en cada uno de los momentos de mi vida, del cielo en la tierra y de destierro en mi redención, que es victimación profunda y desgarrada en desamparo, en entrega de amores y en necesidad de respuesta...

¡Gracias, Señor, porque no soy un ángel y puedo sufrir contigo tu redención...! Los ángeles sólo pueden gozar, pero no saben el amor que encierra decir a Dios que «sí» en la cruz...

¡Cuánto he vivido hoy...! Cómo podrá comprender, el que no vive su ser de Iglesia, lo que es serlo, y, dentro de ella, ser el «Eco» que repite cuanto es, cuanto vive, cuanto encierra y cuanto contiene en la apretura del misterio de Dios con ella, en la contención del misterio de Cristo y en la hondura de la Maternidad de la Virgen... Y todo esto dentro del ámbito de la voluntad divina, realizada por el impulso, el amor y la acción santificadora del Espíritu Santo...

¡Gracias, Señor, por haberme hecho «Eco» de todo tu misterio en el seno de la Iglesia!

22-12-1975

ECO EN REPETICIÓN

Brotan de mi mente bellos pensamientos,
ternuras y afanes, requiebros de amor;
quiero, en mis nostalgias, decir cuanto entiendo
por el gran misterio de la Encarnación.

Palabras eternas oigo en mis adentros,
voces del Dios vivo que, en conversación,
se dan y retornan con dulces amores,
en las contenciones de su perfección.

Soles son los ojos del Padre sapiente,
lumbreras de fuego que, en su resplandor,
mirando hacia dentro en su poseerse,
sabe en un saberse que le hace ser Dios.

Nada hay tan sencillo, tan dulce y secreto,
como las candentes lumbreras del Sol;
pero hay que entrar dentro del *Sancta Sanctorum*,
donde, en los arrullos del eterno Amor,
se besa el Inmenso dentro de su entraña
en el gran misterio de su posesión.

Bullen en mi mente tiernos pensamientos,
surgen a raudales de mi contención...
¡Y, por más que digo, no rompo el encierro
de aquello que entiendo cuando me habla Dios!

Él habla a mi alma junto a mi sagrario,
en ratos callados de contemplación.
Y, en las melodías de unas notas dulces,
entiendo a María en la Encarnación;
penetro su Adviento secreto y silente,
lleno de romances en beso de Dios.

Y en Belén recibo al Dios hecho Niño,
que pide llorando mi retornación,
al mismo que un día, orando en el Huerto
con hondos lamentos en su postración,
se quejó a mi alma, pidiéndome ayuda
en la noche triste de la inmolación.

Junto a mi Sagrario todo queda claro
y comunicado en explicación.

Y sé que, si muere Cristo entre ladrones,
es por la excelencia de su perfección,
que, mostrando amores, dijo cuánto amaba
por su serse Inmenso dándose en amor.

Todo queda dicho junto a mi Sagrario,
que, en tiernos coloquios de silente don,
descorre los velos que oculta el misterio
y va descubriendo su eterna misión.

Que nadie pregunte a mi alma herida
cómo he aprendido o quién me enseñó
todos los misterios de mi Madre Iglesia:
¡Es que soy su Eco en repetición!

Que lo sepan todos, cuando yo me muera:
que, en mis soledades, por la incomprensión,
me mató la pena que envolvió el silencio,
porque mi mensaje no se recibió.

¡Que vengan mis hijos y digan mi canto,
y por qué mi vida siempre fue el dolor;
y es que, en los silencios de un Sagrario en noche,
aprendí adorante por qué Dios murió!

Yo vi que callaba gimiendo en amores,
siéndose Palabra, Luz de eterno Sol.